



*El cansancio de los materiales*  
*Leonor García Hernando*

**COLECCIÓN MASCARÓ**

# *El cansancio de los materiales*

# Manuscrito

porque no tenía sa-  
er  
una aguja con su  
punta en el fuego  
donde el costurero?

@ aquella maña

porque no tenía sa-  
er

una aguja con su  
punta en el fuego  
donde el costurero?  
¿dónde dejó la caja  
con su instrumental  
modesto de costurero  
donde el frasco de  
alcohol

o al menos la peque-  
ña botella de cana  
y en la etiqueta del  
mundo son ridículos.

¿cómo podrían ser el  
objetos de un hotel ma-  
llamo

determinado en oscuri-  
dad

el pie ni siquiera  
duele

pero está en el eso  
enfino, fámica de  
un mundo inestable  
porque así es: hay una  
pobreza de lo que  
hiera minucias

barrocas ~~de~~ torpe-  
zas de lo herido

que no tomé nota  
del no subrayo

que no marcó en  
circulo en esas zonas  
de maderas  
y no limpió la herida

en la etiqueta del  
mundo son ridículos.

¿cómo podrían ser el  
objetos?

¿cómo podrían ser el  
objetos de un hotel ma-

*El cansancio de los materiales*  
*Leonor García Hernando*



2001, Leonor García Hernando  
Buenos Aires Argentina.

Diseño: Paska

Ilustración de tapa sobre la pintura de Edward Hopper,  
Habitación de hotel (1931).



**hermanos 1969**



*somos parecidos a esos sapos que en la  
austera noche de los pantanos se llaman sin  
verse, doblgando con su grito de amor toda  
la fatalidad del universo.*

*René Char*



los tullidos de la ciudad  
se deslizan por esta vereda. Cuando mi boca se tuerce  
en mueca compasiva, ellos se alejan  
sonriendo sobre sus débiles piernas incompletas.



¿la calma provoca esta sensación de caída?  
Bajo los tacos negros, un declive de encerados mosaicos.  
Me aferro al vértigo  
así, un lastimado se adhiere al que lo lava con una esponja

muro que desprende cal y orugas. Cara enfrentada  
a la pared.  
Me interesan los idiotas; aquello que hace del idiota un  
ser inacabado un escozor de hambre

la mirada se abstrae en arbustos y las muñecas  
quedaban en las zanjas sin piernas, sin párpados

los objetos tenían una descarga de ahogado  
estancado entre maderas  
y las ventanas eran clavadas  
y la gente que huía, esperaba en los aeropuertos con  
lastimosas miradas de animales que la fatiga arrastra  
hacia los corrales

el desierto sería un paisaje más suntuoso.  
El abandono no tiene declives,  
ni chacales de hocico espumoso que olfatean las sienas  
perforadas. El abandono sólo me tiene a mí

labios blancos de mi hermana sin aire:  
*esa es la zona*  
y he mirado los escombros de su boca sus dedos  
asmáticos moviéndose en la tecla opaca de la sábana.  
El deterioro era esa la única palabra: dame, dame  
dame algo

y he mirado lo que desvanece en la franja negra de los corazones

lo que se mira también hace un destino  
la botella lacrada envuelta en pobre musgo en los muslos esa tensión de huída sobre escombros. Atrás dejamos un paisaje de cabezas sin calma, arrumbadas en mesas que los rincones absorben

estuve entre vestidos colgantes  
y los maniqués destilaban una saliva inocente.  
El deterioro no era una intención. Sólo un escaparse sin ánimo hacia el destino

era un paseo arbolado de cúpulas hacia las que el cuello se estira, volcando el cabello en la espalda y en los ojos aguados el hambre se mueve como una serpiente

el sonido empastado de un bote deslizándose en el pantano: *esa es la zona*

todo es reciclado por la memoria. Lo que sucedió no está. Las revoluciones son aplastadas por infinitos pliegues, por cuerpos que se torsionan, botellas que vuelan por un aire de fósforo y vinagre.

La memoria sólo retiene esa lentísima caída de una cabeza en el empedrado

los neumáticos arrancados a las carrocerías apilan sus dientes negros todo pensamiento es peligroso. Ante él se extiende el paisaje del crimen

el aceite turbio que derrama un container:  
uno está sólo para ser asesinado. Uno está sólo  
frente a máquinas de perforar pequeñas y aceitadas y  
densas.

Las ilusiones perdidas se derraman por un orificio  
mínimo.

No quiero sorber de esa taza de té tibio.  
Apacigua la desobediencia en el corazón de los hombres  
No quiero adornos.

La muleta que empuja al convicto en las avenidas:  
*esa es la zona*

en el tapete verde ruedan bolas de billar.  
Hay franjas de un quitasol en el aire de estrellas íntimas.  
Hay unas sillas de mimbre. Niños idiotas orinan con la  
cara en la cal y esta música no devuelve bondad al  
corazón

es musgo sonriente la noche partida por un quitasol

en la nuca de los elegidos  
la extrañeza pone una marca de pájaro, un huevo imbécil

estaría en el lugar de la muchachita que sonrío  
estática, tras la sombra de la hiedra.

*Esta es la zona.* Caídos con sus cuerpos entre la caída  
de las sábanas.

Lugar de los demorados. Erraron la cita de la fiesta y  
una estancia de madera amarga y espejos los contuvo.

¿soy la que estuvo tras la hiedra, detenida en  
húmeda sombra?                      y entonces qué?

sólo el cuaderno en la luz

el cuerpo era circundado por verdes plantaciones.  
Tosca formación de tierra negra y agua dilatándose en el  
pastizal,  
anunciaban el pantano que me aguardaba como un gran  
perro oscuro a su cierva.

noches enteras sin sueño, con guantes,  
una imbécil en enaguas por lo alto de la escalera  
sentí piedad por esa niña,  
con su cuerpo extenso arrancado de su pasión, quitada  
de su paisaje, derrotada

Todo escrito es el quejido por este desastre:  
*la pasión no tiene zona.*



en la mesa familiar mi padre no tenía silla.  
Él comía parado, erguido sobre el mármol como un  
monumento fúnebre;  
pero su voz era alegre y ronca  
y le gustaba relatar los condimentos usados al preparar  
el almuerzo  
porque era mi padre quien cocinaba en casa.

Tiempo atrás él degollaba gallinas en la pileta  
del lavadero  
y tapaba los chillidos del animal con el ruido del agua.  
Con mi madre compartían ese espacio.  
Allí donde mi madre golpeaba la ropa  
él golpeaba la cabeza de un pájaro feo y sin otra gracia  
que su entrega a una muerte cruenta.

Supe entonces que si era fea compartiría la  
suerte de unas plumas sangrientas  
y así fue cierto  
que mi garganta respira por el tajo.



ingratos

los objetos cayeron por la escalera, desentendidos de todo cuidado.

La arenilla de las cosas rotas, sus líneas de cocaína en los escalones,

invitan a la fiesta inversa del desastre.

La puerta del balcón está abierta  
y el frío colma los platos sucios sobre el mantel

¿recuerdas cómo oscurecía mi frente

bajo el sombrero de ala rota

o el dolor esa aguada esparcida en la noche donde un animal bebe apartado

porque su sed tiene ese brillo de agua rara en oscuridad

la sospecha de que Las cosas empiezan a empeorar es lo único que duerme sobre mi hombro  
tranquila Leonor

los vidrios ya están rotos al fondo de la escalera  
y asomada al barral

ves los destellos insignificantes de lo que tuvo un orden de belleza y utilidad.

Rabiosos insectos corren por los tabiques porque el ruido de lo que estallaba los quitó de la armonía  
tranquila Leonor

serena como el criminal en el momento de quitar el cuchillo de entre los cubiertos

porque en tu mano los objetos pierden su inocencia  
y en tu vida los sucesos ordenan con crueldad

¿recuerdas la corrida en la media a lo largo del

muslo?: una vena expuesta  
el sombrío perfume del tiempo que perdías contemplando  
actores de teleteatro en las tardes inmensas como otra  
patagonia en las sienas  
eterno femenino  
de fastidiados mechones humedecidos en la comisura  
de la boca  
no pidas otro lugar que este descanso en el final de la  
escalera  
donde verás el derrumbe de las construcciones;  
como ocurre a esta altura de la vida  
embebido en acetona el algodón con el que vas a quitarte  
el esmalte de los ojos.





Está anocheciendo en Austria  
y aquí es otro día de hambre y de temor.  
En la vereda de adoquines  
esas sillas rojas tienen la intensidad de pasiones ilusorias  
al sol.

En un frasco transparente, unas pocas flores poseen  
el temblor de lo acariciado con desgano  
son margaritas  
blanco y amarillo contra un fondo de vidrio repartido.

Está anocheciendo en Austria y el calor es horrible  
como una comida que se repite ácida.

Tiembla el cáliz invertido de las lámparas.  
Los techos tienen una lentitud religiosa: penumbra y  
cúpulas y confuso aire de encierro.  
La sangre del cordero  
(por estar ausente su cruz en mi puerta) señala todavía  
a las criaturas del desierto

*y esa noche, en Egipto,  
se escuchó un solo alarido porque en ninguna casa  
faltaba un niño muerto*

¿cómo ese Dios pudo ser tan malvado?  
y entonces, ¿qué bondad guardas para mí?



No deberíamos ser más astutos que la vida.  
Advertir la trampa  
suma a la caída, la humillación

ahora la botella impregna la mesa con su sombra angosta.  
Tardaré en alzar el plato. La comida fue escasa y las  
sobras en el mantel me tranquilizan.  
Los días se saturan de estos detalles. Es la sumisión del  
cautivo. Imágenes de vicios:  
el cigarrillo que se consume a un costado de la boca  
o la mínima felicidad que inspiran las tazas acomodadas  
en el estante.

Recoge el telón sobre tus hombros, el cabello en  
trenzas sobre tu nuca.  
Que los pequeños lunares sean el estrellado cielo de la  
Osa Menor sobre la tierra helada,  
que el consuelo sea un relato de encaje tirado sobre tu  
corazón  
tan esquivo es el aire que pide la boca

los ciclistas atraviesan la calle como un  
perfume de almendras quemadas oscurece el fondo  
de un pocillo  
y es zozobra el pañuelo que agita el viento en la garganta.  
Lo cómico es siempre una torsión de la tragedia, un  
cambio en su velocidad.  
Uno de los ciclistas cayó en el asfalto y a la mancha de  
aceite se la ve brillar desde la altura  
rezagos el tobillo parece sangrar  
y otra mancha humedece la mancha de aceite que brilla.

Es perdido el cielo tras las nubes oscuras  
y sin elegancia, incómodo, el ciclista vuelve a escapar  
en la calle vacía.

He perdido mi piloto en otro invierno  
el agua se inquieta y la figura de piedra se inclina a  
beber en la plaza cercada.  
Imágenes descoloridas agitan la ventana, como en la  
pantalla de un cine de provincias, aquella vez,  
en el trópico, con mi tía bajo un paraguas,  
viendo *El bebé de Rosmarie* en el aguacero que repetía  
sus golpes de pequeño martillo de joyero en una función  
al aire libre  
provincias           perros de ojos azules y las baldosas  
rojas de los patios

un paisaje de crímenes consumados.



Los ciclistas pasean al borde de la calle, como en  
un estuario de peces plateados                    severo llanto o  
alegres ventanales iluminados  
y el dolor  
ese pez aún más frío, nadando en círculos.

¿podré acercarme a las magnolias sin salpicarlas  
de barro?

estuario fijo                    murmullo que roza los suelos  
de ladrillo  
estoy impregnada de astillas como un pañuelo de colonia  
barata.

Cerraré los bordes de mi pieza y el techo se abrirá en  
una flor nocturna. Estoy saciada de roces, como una puta  
y también con ella, cansada.

renglones de estaño en abril. Breves días de lluvia.  
Larguísimas noches de viento en la escalera  
ese detalle de la sombra del barral sobre el piso, carga  
de un sentido macabro cualquier escena  
incluso ésta: ascender los peldaños comiendo uvas, como  
quien carga de monedas un teléfono roto.

Las ramas del paraíso llegan hasta los vidrios.  
Recién ha oscurecido y todavía se ve temblar un último  
resto de luz.

Gotea la canilla del lavatorio y su monótono sonido es  
la música del abismo, al otro lado del barral  
donde todo trastabilla

¿podrías acercarte a las blancas flores de magnolia  
sin salpicarlas de tu saliva infeliz?

devuelve tu piel de oveja a las cortinas  
devuelve tus ojos verdes a la copa de cognac y  
ofrece esa mirada a los ciclistas  
la espuma de tus labios al mar de los vejamenes  
y que sean un temblor los pilares de la autopista.  
Permite que se erosionen los vasos en la mesa y un  
finísimo polvo de vidrio deje en el mantel la marca que  
antes dejaba la sangría.  
Recién entonces anota esos daños sobre los objetos  
ingenuos  
y con un fósforo frío corrige los grumos de ceniza en el  
estaño.

Abril retira su guante de los días que quedan  
el dolor parece ahora una suave ironía.  
Sólo mis piernas son más débiles al borde de la escalera  
y en la oscuridad  
no se distingue la carne blanca de las magnolias  
de la repetición de los amantes que vuelven a cubrirse.



y entonces damos una franja que es boca.  
En el amor ruega fuera de sí.  
Entre los amigos silba, displicente o astuta, otra vez en  
su centro. Siempre conserva su naturaleza de pez de  
las profundidades  
escamas que son pálidas y rojas se doblan en una cúpula  
cercana  
su saliva es antigua, tan distante como el agua de un pozo  
esa franja no da bienes  
ni posee ideas adecuadas acerca del cloro  
y sus efectos sobre los zapatos de altos tacos de gamuza.  
Mastica la comisura de aceites limpios por todo  
alimento

¿qué pedir si la lengua es otra sábana retorcida  
para escapar del cautiverio?  
¿qué pedir con los dientes probando el borde de la copa?  
una mentira  
que acerque el quejido a la respiración  
boca de los débiles  
un humo que sostenga la sospecha entre los labios  
boca de mujeres fastidiosas  
parecidas en todo a la verdad



sin otra intensidad que los hilvanes en el ruedo  
y la nuca rasurada  
ardía en esas fiebres de hojas húmedas.  
El paisaje superponía paños de salitre. El hisopo acercaba  
su llama de desinfectante rojo

¿quién me amó en la planicie de vidrio  
si el carmín dibujaba mi boca en el derrumbe y atados  
mis tobillos a un mástil  
qué bandera fui?



y ella dijo: no te daré mi muerte  
como no te daré el pañuelo que anuda esas perlas  
ajustadas a un hilo sin afán.

Seré otra historia de raras fauces un escalón  
de piedra alquitranada  
pero no distraeré tu fastidiada mano con mi espalda,  
ni me quitaré las medias para que conozcas el tamaño  
de mi pie.

Seré imprevista aún en tu melancolía  
cuando retires tus dedos de los guantes y un deseo de frío,  
de algo lastimado que rozar, los agite.

esta materia de la deformidad no quiere gestos

ligustro amargo para demorar mis sienes.  
Precarias tazas de arcilla donde beber mi alcohol blanco  
y los días de junio lluviosos alzados en una terraza viva  
pero no devuelvas mi cuerpo envuelto por vendas que  
se deslizan como culebras pálidas  
porque no te daré mi muerte  
ni el pedido de agua de los lastimados  
ni el estupor de los traicionados entre hierros curvos,  
en una estación de tren.

Dame el brindis en esa copa de hierro que asegura tu  
boca dame el desvío de paredes en la celda.

Estoy atada al mástil del despecho en el pavimento  
ardido  
bandera negra en plaza de armas blancas.



9

sospechaba el otoño tras los muros  
y en suave declive, los escarabajos rojos caían al interior  
de patios desollados.

¿mordía esa vara de ligustro?

¿mordía vísceras de la arboleda abierta?

repito el antiguo renglón de peces de hierro  
muda respiración que empaña los ojos  
crueldad de la fiebre entre azulejos  
vanidad que pone brillos de nácar en los hombros  
y mentir con el peso de las hojas que cubren los parques  
porque es otoño en la llanura y en el umbral de mi casa  
apagada de alfombras

es otoño bajo los lunares del pecho;  
en esta sitio el corazón se aísla y la sonrisa es otro  
vapor de enaguas  
que se diluyen como una roca de témperas en el vaso  
con agua  
agrio sonido de cerámica rajada por un clavo  
objetos abandonados al borde de la puerta.

Estamos caídos en desgracia

con ropas de limpiar en invierno los pisos de ladrillo

¿dónde estoy durmiendo con vendas que me  
apartan?

conozco esos hierros blancos que gotean,  
esas grandes ollas arrastradas en la oscuridad de los  
pasillos

conozco las heridas            nunca cierran

sus capullos invertidos regresan en el temblor de los  
árboles sobre las ventanas



y ella dijo:       finjo pesadillas que me distraigan.  
Quiero mis libros en el estante, mis lápices en el  
estuche, mi pánico en las terrazas.

He perdido  
el abismo de ser sorprendida por la traición.



barco roto  
en la inmensa bañera de loza fría      juguete antiguo  
barco roto en los más rojos corales  
bañera seca y vacía y el barco en su fondo  
    Tuve otras aguas de desidia y espuma que reía fácil.  
    Tuve otras imágenes de lenta curva hacia la noche  
otra desproporción entre la araña y su sombra en la  
pared  
ahora el barco olvidado      el pequeño velamen  
quebrado, tirado sobre cubierta,  
su mínimo y delicado timón en un final de loza  
cáscaras quebradas de un huevo fúnebre

barco que imagina otra suerte  
el agrio manotazo que le otorgue su banco de costras  
fijas  
y en el hedor de basuras acumuladas regrese a la materia  
inmensa  
infancia de los objetos miserables  
tan tristes en su resbalar sobre los baños de vapor y  
azulejos colmados

    un espejo muestra el cuerpo desnudo que  
se empaña. Otra infancia que desvió hacia este margen  
de lavatorio sobre mi boca  
canción de los acuarios y nieve sacudida por la luz  
barco que te encimas a este poco deseo de bañarse  
de estar presentable para la familia

la canción se queda en este contorno frío  
el miedo en un resumidero de bronce sucio  
barco pequeñísimo      como otro niño lastimado en



palabras de Mallorca      poesía de los barcos  
apartar los ojales de los botones de vidrio  
quitar las delgadas ropas de cursis encajes  
los breteles      una leve herida sobre las clavículas  
que se transparentan      las vértebras en ese ángulo  
donde los cuerpos no tienen densidad; sólo una respiración  
en el vapor  
sólo un resplandor oculto por el foco  
quejas que maúllan en los reservados  
tanta agitación sobre sábanas tiasas  
y un malestar de hierros comidos por la sal

   el pequeño barco      roto  
atraído por la succión  
hacia un fondo de aguas servidas  
un pliegue de rejillas donde tiramos la sangre de los  
confesionarios.



de la enfermedad no tengo el malestar,  
sino el oráculo.

De los pecados tuve todas las culpas  
y ninguno de los placeres

ah, profecía! tu lunar aparece pintado a un costado  
de la boca y las pestañas,  
con una curva de insecto sobre los párpados, guardan  
la traición de los objetos ortopédicos.

Seducida en un escalón; en el mármol debo recibir tu  
anuncio

este pobre resultado: cuentas amargas de quien agrega  
o quita perlas de un collar del que hemos extraviado el  
broche

en el hablar de un acosado  
los pies descalzos para atravesar la escarcha de los  
campos hacia la rectoría,  
y la voz del amante en el teléfono  
errores en la saliva  
oráculo que intento desarmar palabra por palabra como  
a un mecano inverso  
absorta en el ventanal y con un perfil excesivo,  
la boca oscura de verdad repite gemidos de cachorro  
golpeado

la profecía arrastra su caracol en hojas del gomero  
y quedan  
esas lagañas del torpe movimiento del sueño  
y entonces ¿había un orden donde los sucesos  
encastraban y la emoción desobedecía?



entonces                    ¿era cierta la amenaza de los días  
en un continuo autista crecido de la peste?  
y entonces                    ¿compartía la humedad de los muros  
ese cabello que chorreaba en la espalda?

ah profecía!                    anuncia en otra tela  
entrega tus gotas de tinta en otro puño.

Pido aire para respirar. Pido el agua donde mis  
pies tendrían una felicidad anfibia.  
Es mi hora de extender la mano y quiero en ella algún  
jazzmín de provincias.  
La avenida persigue la orilla de un río manchado de barcos.  
Aquí terminan los malos entendidos y la ciudad termina.

un vaso de grapa en el mostrador  
y soy la que bebe de ese vidrio;  
aquí las amarillentas mejillas, la cansada boca de quien  
duerme agitado, respiran contra mis dientes.

Voy y vuelvo de tu amenaza                    profecía  
es una hamaca de maderas celestes, en un jardín con  
hiedras. Los zapatos blancos rozan la gramilla  
al moverme monótona y trágica como un jugador a cuerda  
y el sol de invierno se ofrece como un relicario de plata.

Debo irme  
fugarme de esta puesta en escena                    debo irme.

Me has preparado el cajón blanco de los niños  
el puñal apretado entre los pechos de la ópera;  
alumbras con el candelabro tallado de pequeñas flores  
cursis,  
seducen tus lascivas canciones de cabaret.  
Me mantienes dopada con tus promesas de un vestido  
con desbocado cuello de encaje sobre el hombro débil  
y mis ojos flotan en ese láudano. Son cortezas verdes

debo irme

ya no tengo paciencia. Están rotos los eslabones del  
aprendizaje desde el mono hasta mí.

No tengo otra herencia que un malestar inacabado.

No acepto esta división de la materia entre criminales y  
víctimas

debo irme

a contemplar esos campos de alfalfa                      las vacas  
dispersas como monedas caídas

y mirar como ellas miran unos pocos árboles en la llanura  
y en sus lenguas pesa el olor de la sombra  
blancas y negras

esas vacas como una bandera que olvidó sus recursos

debo irme

desde la ventanilla del tren veo el pequeño cementerio  
de *La Rubia*, con su monumento fúnebre saliente entre  
tumbas blancas.

Las tormentas arrastran la selva por los precipicios.  
Bajo las sandalias están los círculos ciertos del fin, del  
mundo mío

ah! profecía insistente                      retira el pie helado  
que apoyas sobre los extremos de mi chal  
soy desobediente  
y es agua de los sótanos quien calma mi mano.



y de la fiebre, entonces, ese color de faros  
fugitivos en la curva de la ruta  
esa necesidad de hallar un páramo abierto. Mi respiración  
no pide otra caricia que un vidrio frío  
ventanal de la Matanza  
y el pantano que resguarda sus flores del desborde, los  
lagartos blancos se deslizan en pastos azules      banderas  
de la fiebre.

Son equívocas las sombras del alambre en la tierra  
bordes de un lugar ingrato      ¿llovía contra el  
ventanal dejado abierto con descuido? ¿Se humedecían  
los muebles y después las puertas dejaban de cerrar  
con las maderas hinchadas como algo vivo y golpeado?

No era la fiebre quien anunciaba destrucción y  
demora. Sólo marcaba contornos como un rouge delata  
una boca agotada      palabras de comisuras blancas  
tus sábanas ocultan el cuerpo vendado por trapos de  
algodón  
pequeña momia  
mínimo dibujo de cal  
ningún telón cubre lo abatido e insomne  
y de entre esos huesos de ballena en el arenal vacío,  
el mito se reduce a una gota de aceite en la mano lavada  
de anillos.

lámpara de uñas cortas      llama antigua que  
no termina de sospechar un pasaje, un estrcho posible  
aguas que comen catedrales  
luz temblorosa de los que acercan sus frentes a una  
página:  
papeles amarillos cruzados de insectos, ciudades con

puentes sobre los canales,  
fiebre y desdén  
nada para aferrarse más que una sábana por momentos  
demasiado pesada  
nada para evitar  
un resguardo húmedo más peligroso que la caída  
más vulgar los sensuales roces de las pesadillas que la  
mirada atónita en la ventana abierta,  
o apartarse en aguas de un pantano hermético  
    ¿No escuchas el roce del agua en las rodillas?  
¿no está el peso de la orilla en tu cerebro blanco?  
con sus árboles de un verde oscuro    perfumado  
ese paisaje de reptiles y follajes en un turbio temblor  
memoria que transpira  
espejo acumulado junto a la chimenea de piedra  
y entonces pedir otro fuego que aumente el incendio  
entre paredes  
pedir otro terror  
que fije al amigo derramado en la calle y a la madre  
seca en un umbral de cenizas.

    fiebre, ¿qué me has quitado  
más que esa apariencia de salud?    mi sangre no  
tiene recursos  
fiebre que brillas como un cuchillo al que se limpia en  
un montón de estopa  
o en pastos  
o bajo el chorro de agua en los lavaderos.

    El brillo de la hoja se repite en el brillo de la  
herida sobre el muslo opaco  
y entonces renuncias a todo trapo que impida la condena.  
Recuerdas el alimento escaso: la porción de arroz blanco y  
las oscurísimas hojas de laurel



en aquella intensidad  
es tan poco el abrigo, tan oculta la boca de mi madre.  
Un canto perdido en lavaderos de invierno. Sus estrechos  
párpados sobre la mirada azul      deshonras  
desdichado perfume de lo que duerme en los pliegues  
todavía escucho el tren que no termina de recorrer  
el puente. Los pesados ejes brillan con fuegos de kermese  
y mi corazón reposa una tersa serpiente en el frasco de  
laboratorio.

son tan opacas las torres de la iglesia en  
la negrura. Se vive en el temor del sonido de sus campanas  
cubiertas de sarro  
y tan inmóvil el plano de luz en los azulejos. Mi madre  
sostiene una pequeña rama de laurel y proyecta su sombra  
en la pared que brilla  
los tacos negros en un desorden de breteles de lencería,  
ojos atravesados por un hilo blanco en las agujas, la  
tijera cerrada en un estuche abierto  
sólo ese olor de cosas desarmadas, de objetos que se  
marchitan.  
Un sudor acre resbala en las flores rojas. Sobresaltan  
como una herida en el estante de madera lavada

madre    ¿no vendrás otra vez sobre mis pies, con tu  
taza de agua iluminada con alcohol fino?  
¿no vendrás sobre mi mano también atravesada  
por un dardo perpetuo?  
madre    ¿no medirás mi saliva con gotero de vidrio?  
una lapicera de pluma inyecta tinta en un tanque

translúcido

¿era la madre quien quitaba bondad de la mejilla?  
¿era el desgano de su camisón otro pasaje, otra llanura  
donde la sequía apartó los animales?

no hay piedad cerca de las sábanas  
todo es veneno, o sangre que se da, o llantos con una  
curvatura de cuello de garza

No haber mirado fijamente las venas de tus  
muslos: esa es mi culpa.  
No conocer el peso de la respiración entre las vigas de  
tu casa.

No consolar los metales porosos; arrastrados por  
tu furia, temerosa de una aguja imantada que señala  
desvíos  
y mi culpa: resplandores del barro que macera el pantano

no hay hijas cerca de los catres.  
No hay cintas de inocencia en el cabello lavado

en campañas de otro desierto, también a mí  
me quitaste la tierra.



es ironía esa humedad que ciñe las sienes?  
¿es enfermedad unas fotos de infancia repartida?  
Mi madre aún aprieta sus labios contra el hilo de costura  
y uno supone  
las puntadas ajustadas de los pechos para no alimentar  
otra hija  
y no imaginar otra pluma que moleste su frente

¿es hambre entonces lo que tuve?  
¿y me brindaron sed cuando las copas se unían  
transparentando las manos?

Debo irme  
retirar de las baldosas aquel peso de cabellos mojados  
¿cómo aceptar la corrupción?

Estoy apartada en musgos de jardín. Son flotantes  
las puntillas de los ruedos.

La mano sostiene una pantalla de juncos con la que  
mueve el aire.

¿Cómo acercarnos al trabajo de la sombra;  
al reptar de las hiedras en el alambre tenso?  
en todo caso  
¿cómo desechamos la inocencia en el jardín?





atardece abierto sobre los vidrios. No  
tiene mi boca ese color antiguo. La ansiedad pide  
declives  
quizás esa mancha de aceite en la luz  
o algo rojizo y tenue de garito en una calle de tierra

boca de labios flojos          costura que se  
deshace  
el temblor la asemeja a esa luz que no puede persistir  
¿reías?          boquita infantil en la tormenta          ¿reías?  
el cabello desatado, la frente aliviada y desatenta  
como un frasco que se derrama

el barro crecido golpeaba el escalón de la puerta  
y allí hundías tu pie encerrado en su sandalia  
la boca entonces era un arbusto quieto,  
descolorido bajo el peso de la lluvia

padre  
¿por qué has construido este arrabal? Soy la menor de  
tus huérfanos;  
soy tu pabellón de lienzo crudo donde el aire no llega  
y mi boca es extraña a la respiración

padre  
aire donde no respiras son esos muros de cal y hiedras  
o esas gotas de guitarra en un patio lento, apisonado  
son los rasguños del picante en el bocado que ayer  
detenía en las encías  
o esos cardos abiertos como una camisa guaranga.

No tengo arraigo en esta cocina  
el mármol limpio,

los cubiertos que brillan al abrir del cajón,  
las tazas chinas incapaces de relatar sus dinastías envueltas  
en seda, el aceitoso mar que inclina las pantallas de juncos  
de los barcos,  
los funerales de humo con trenzas ceñidas por el papel de  
arroz,  
y los largos pantanos de oriente con sus pagodas quemadas  
por la viuda Ching  
en esta cocina no hay historia  
aquí las tazas inocentes  
aquí las flores de pequeñez perversa quitadas de un  
zanjón de *Matanzas*

no tengo arraigo en esta mesa de madera  
reciente

padre

hemos llegado a un lugar de reunión. Estás con tu cigarro  
pitando el humo falso de la chala  
están los botines con los cordones desatados sobre la  
alzada  
están las cenizas que hacen turbio el dibujo de la alfombra  
y suave y entregada Maysa nos olvida y dice:  
*la tristeza no tiene fin.*



y el resto era oscuridad estancada después  
del ligustro  
tierra extranjera, con vándalos de torcidas piernas.

¿Fui huraña con los emboscados en la noche que  
duraba?

¿fui taciturna con ellos que venían a pedir un jarro de  
sangría?

Nada era bueno si llegaba de esa sombra.  
La humedad descampada impregnaba sus telas  
y el sombrero empapado derramaba el fieltro del ala  
sobre los ojos pardos.

Nada era bueno si quedaba detenido en ese estorbo,  
esa noche compacta para tocar como un objeto.

La fatiga acumulaba hombres y oscuridad tras el  
ligustro.

Hiedras de la inocencia alcanzaban la pared  
era el rito de los jardines en *La Matanza*.



un estudio de composición resuelve  
los desplazamientos de la luz, la acumulación de tinta  
y en la tela que cae desde los hombros,  
el roce de la sangre.



todos quisimos ser cantantes de rock  
esa música era buena para nuestras torpezas  
duraba lo que nuestras gargantas bajo el cuchillo.



*A Sergio Kisielewsky*

el verano era estirarse en la baldosas  
del patio para alcanzar algo parecido a la calma  
algo de calma y mucho de sofocación  
como si un asaltante nos tapara la boca antes de mostrar  
la navaja.

El mosaico rojo disimularía la sangre;  
en cualquier caso el calor era inmenso  
y las begonias agotadas dejaban caer sus hojas de carne  
oscura sobre los bordes de las macetas.

En los trópicos las paredes no se empapelan.  
Demasiada humedad. Demasiado abandono. La cal es  
suficiente para empalidecer el deterioro.  
Del pequeño jardín llegan tufos de fiebre  
y los perros de ojos relucientes se mueven entre los  
cuartos buscando sombra y aguas olvidadas.

era otro paisaje,  
un paisaje sometido a infamias. El sol deshacía los muebles.  
En las sombras los herrajes se herrumbraban y en la luz  
ardían como labios que se conocen en la sed  
y en el agobio de calores tumefactos,  
los amores contrariados estancaban la sangre  
surgían misteriosos como el origen de la vida,  
como la muerte, extensos  
y una armonía pesada entre el paisaje y la carne sofocaba  
los gemidos.

Lujuriosa botánica de flores nocturnas

y los perfumes crecientes eran trampas tejidas por insectos  
ilusorios  
y el latido de la siesta que fermenta otra fruta arrojada  
en alcohol blanco  
y los blancos batracios  
duermen bajo las piedras  
pereza del desorden que resbala.  
Las estrellas tardaban en retirarse de la noche  
y al comienzo del día, el sol, giraba herido de fiebre,  
recordaba los días pasados y mantenía el presagio de  
un tiempo no vivido.

                  No dormiríamos en ese calor de lluvias  
mórbidas  
no descansaríamos en esa casa de familia donde las  
sábanas se almidonaban y los postigos  
impedían la llegada de la luz  
no hincaríamos las rodillas en el reclinatorio oscuro del  
dormitorio bajo la imagen de la virgen española  
                  dados alzados de una mesa, nos quitaron de esa  
tarima de tablas hinchadas  
para llevarnos a dormir en celdas de hotel con tragaluces  
mínimos en lo alto de la pared  
                  ¿qué reino nos quitaron como a un niño nacido  
sin llanto, tan desdichado como otro que vivió para tirar  
sus días a los perros?

                  El paraíso era esa pesada orilla donde se  
pudren los dátiles,  
este espejo de vestidor donde nos contemplamos desnudos  
en el error,  
o el fingir estar viajando en tren hacia las salinas junto  
a la ventana del café.

El día permanecía fijo, entonces. Un alfiler clavado a una  
mariposa de colección  
y las grandes alamedas se cerraban para nosotros  
y la oscuridad era una bolsa de polietileno que nos  
tapaba la boca  
y en los estadios nos cortaban las manos  
y la poesía era un poco de carne podrida, oscura de  
moscas, al sol.





tuvimos un tiempo de morir.  
Recuerdo largos alambres donde se colgaban las sábanas.  
Los rieles en piedras desparejas prometían un sonido que  
no llegaba  
todo era quedo  
y permanecíamos tocados  
cargando las ropas blancas de los esgrimistas.

tuvimos un tiempo en el que los parricidas  
escapaban a caballo por campos de salitre  
era invierno y las bibliotecas ardían en pozos del jardín.  
Aumentaba el frío en los pasillos. La circulación de voces  
retenía el soplo de las caravanas; una insistencia de telas  
pálidas aguadas en oscuridad  
todo era quedo  
y tras las persianas entornadas los hombres miraban su  
patria.

tuvimos un tiempo de morir  
estorbábamos  
fuimos el sueño promiscuo del padre que cava en el  
reino un lugar para el hijo  
recuerdo esos portones de apretadas ortigas  
el aire contraído de los sótanos  
citas en el mercado. Dentro de la tormenta los mostradores  
exhibían un lujo de gallinas asesinadas  
todo era quedo  
acostumbrados al quejido de los animales entre las  
tablas.

tuvimos un tiempo raro  
encarnábamos la historia agria de traición  
en todo caso  
nuestros cuerpos fueron la pampa de los matarifes  
y, es cierto, nuestra piel era tensa como tela a punto de  
rajarse.

La noche sería de lápices rotos en los estuches, de  
lámparas pesadas como un rastrojero en el barro, un  
celofán cubría las bocas  
el escribiente tardaba en cerrar los envases de tinta del  
pupitre  
y todavía la sangre recibía una linfa de amapolas.

tuvimos un tiempo de morir  
y nadie nos retiró la herida, ni aliviaron nuestros pies  
con zapatillas de básquet  
la respiración completaba los vasos de vapor,  
todo era quedo,  
la luna de los dormitorios devolvía los hombros débiles,  
salpicados de lunares como un cielo evadido de brumas  
la imagen del castigo resbalaba en las escaleras como  
un juguete de lana  
el uso de los objetos no desprendía sonido. Era la noche  
de los invernaderos.

un tiempo de catres tapiados  
de almendras en un frasco cerrado  
mira mi boca:

se deshace como azúcar en el agua  
y la boca de aquellos a los que el agua les oprime las  
rodillas  
y los que en el beso respiraban con la lengua en otra

boca  
y los que hablaron  
y los que callaron  
y los que soplaron en el vidrio de las fundiciones.

La botella está en el vértice de la luz y transparenta  
un espacio sin mensajes.

despeja la mesa de estorbos  
porque ya terminó un mundo sin derrumbes ni sollozos.

Vuelve el aire que dilata las pupilas y déjalo cantar  
a Feliciano esas canciones ajenas  
todo era quedo  
a esas horas en que debimos apartarnos junto a las  
arañas de los reservados.

Saber o no saber  
ponía los anteojos al borde del estante  
fuera o dentro del estuche  
junto a los ojos para ver las listas de nombres  
o colgantes de un cordón, sobre la pechera entumecida.

tuvimos un tiempo de morir  
desde la torre, la piscina es un recorte de luz húmeda  
en el pasto crecido.  
Lejos está la adolescencia con sus figuras ornamentales  
antes de la caída; lejos el valor de los cuerpos.  
Fuimos tocados en la mejilla por una hora pobre  
todo era quedo  
pudimos estar como un anillo en su package de terciopelo  
pudimos sostenernos desvaídos como una línea de humo  
en la noche.

de morir  
era la piedra ajustada por nieve  
y es hora que en la hornalla no dejan de hervir las  
jeringas.

Juran que la ciencia tiene una palabra para mí  
y atropellan el alambre de los corrales porque poseen  
el saber y el desprecio.

Ya no hay hora donde el toque de queda anuncie  
la cacería.

Los bronce retornaron a su naturaleza de taza en los  
camarotes

y llegan los carros a las antiguas estaciones de ladrillo  
para recibir las encomiendas;

el perfume rústico del papel de estroza cubierto de  
estampillas selladas con mala voluntad.

La intimidad sospecha de otra intimidad

los movimientos astutos de los cargadores simulan el  
reloj averiado bajo la chapa verde que gotea

un tiempo de morir  
momentos apretados como dados antes de la caída.



*a Ricardo Soto*

así estamos  
con los botones de la camisa desprendidos      los pies  
hundidos en agua como gajos de retama puestos a brotar  
lo que se dice: *a nuestras anchas*  
y piden aire estas bocas complacidas por el ventilador  
que rota con un sonido de esfuerzo continuo.

He quedado en este lado del río porque en la  
otra orilla no quieren mi visita y está bien, porque aquí  
la tierra es pantanosa. Es mi lugar.

Estoy agradecida agitándome como mariposa  
en la luz. Me reúne un hilo iridiscente envuelto en  
vidrio; así  
a los animales dispersos los reúne un olor de corrales.

La tarde se va en susurros.  
Un carro atraviesa la calle cargado de cartones; un hombre  
camina a la par del caballo y mira abúlico las  
bolsas negras de los consorcios  
construcciones que renueva el desastre: abrimos las  
cajas, quitamos el instrumental  
y los cartones se van en el carro latinoamericano.

vuelvo a hundir mis pies en el agua  
me expando en un bienestar de piscina acotada a lo  
que fue un balde de pintura  
y ahora tiene mis pies jugando en agua limpia  
soñolencias de amparo ablandan la nuca que rota fingiendo  
ser luna del corazón.

Las uñas mutan hacia la textura de un cartón  
humedecido. Si ahora lo intento la tijera podría atravesarlas  
y cortarlas

pero me gustan mis pies de campo *uñudos*  
diría mi padre con una expresión de festivo desprecio  
así estamos;

lo que se dice: *al acecho*  
amplia de caderas y de pecho mezquina. Cada cosa en  
una proporción inútil.



ese recorte de luz en la ventana  
de un sol oblicuo y pronto a ocultarse  
hace más nítido el borde del papel que se despega en  
la pared del dormitorio.

Ya no estoy en aquel cuarto  
pero todavía cae sobre mi rostro ese resto de calor  
y sobre mis hombros también cae el filo de un azul  
deslucido  
pequeñas flores de un muro alquilado en el hotel *Caribe*.



¿Debo ser porosa como la piedra de afilar?  
tan oscura junto a la alpaca mellada del cuchillo;  
contrasta en la mesa como si un quinqué perdiera un  
humo de sangre.

¿Debo ser esa piedra que no termina de dar intención  
a su objeto            lisa y áspera  
promete consecuencias que nunca superan el corte de  
un ala de pollo

Ser tan nítida contra los azulejos blancos  
un instrumento que profundiza la maldad  
y permanece con cara de *yo no fui*            opaca  
con ese peso ambiguo de piedra que jamás será lanzada  
carburo de silicio: abrasiva en su abandono impávido,  
refractaria a toda proximidad y dispuesta a gastar caricias  
en un roce envenenado

dejaría mi boca empastada de rouge en tu corteza durísima  
entregadas una a la otra  
en el clásico cansancio de los materiales.





## LA NOCHE DE LA ASTILLA

*a Alejandro Ricagno*

y ella dijo: me desprendo del empañado  
cuerpo de colchas e intento recordar  
¿cómo eran los pasos que me llevaban a la cocina?  
¿cómo era evitar el filo de los muebles?

Las notas tardías, ajustadas a una tinta azul negro  
fijo  
relatan los pies desnudos en el piso que devolvían un ritmo  
frío a la sangre. Los ojos, ya más lúcidos, recobraban la  
noción de intemperie.

La noche era húmeda y las casas exhudaban el familiar  
olor del veneno  
los pies descalzos afirmándose en una tabla que quiso  
gemir  
y la astilla que entraba en el pie  
y el dolor que aseguraba recuperar la razón

una astilla  
algo mínimo que se desprende de un mundo que inspiraba  
confianza. Alzarse de un colchón sin abrigo entre esos  
ángulos de paredes agrias  
y ahora sostenerse en un pie bajo la lámpara apagada.

Los objetos se escabullían en los estantes.  
La noción de realidad tanteaba en la imaginación porque  
no tenía saber

una aguja con su punta en el fuego  
¿dónde el costurero                    dónde dejé la caja con su

instrumental modesto?

¿dónde el frasco de alcohol?

o al menos la pequeña botella de caña y en la etiqueta  
aquella imagen del mundo sonriendo

¿cómo era ansiar esos objetos que pudieron ser el ajuar  
de un hotel maligno?

detenida en oscuridad

el pie ni siquiera duele

pero está en él esa ínfima lámina de un mundo inestable  
porque así es: hay una pobreza en lo que hiere

minucias            cardos en el vapor

y hay barrocas torpezas de lo herido            que no tomó

notas            no subrayó

no marcó un círculo en esas zonas de maderas

y no limpió la herida

esa noche tiene un nombre en mi biografía

y es: *La noche de la astilla*

tuve otras noches

las de las moscas

la de la iglesia

la de la enagua sujeta a un clavo

la de la cena en un coche comedor

noches de serena dispersión, de pudor barato

otras noches de navaja francesa en la academia

¿quién podía sospechar que allí estaba yo con mi anillo  
rojo y mi pesada boca de maquillaje?

Leonor, leonor, abandona la astucia.

Confiesa que en la herida

vos retenías el sabor de escribirla.

9

*Final*



## *HOTEL DE TURIN*

*a Cesare Pavese  
a Leonor García Hernando*

*En un hotel de Turín  
hay una habitación espesa de humo  
que huele a humedad de amores solos.  
En un hotel de Turín hay una habitación  
donde escribir da asco. Dormir,  
tal vez, soñar, sólo aceleran  
la duda del príncipe que a punto de abdicar  
viste su traje de tímido homicida.  
Su venganza se trama en el espejo,  
donde ante la duda, sereno,  
se afeita. No sueña.  
Desde la calle sube el rumor  
de aquellos que pasan arrastrando los pies  
bajo la ventana de la habitación  
del hotel de Turín.  
Lo oigo llegar hasta aquí  
como el mensaje en morse  
de un hermano enfermo.  
Y allí, donde me afeito,*

*oigo también el goteo espeso  
de una canilla que se abrió hace décadas  
en una habitación de un hotel de Turín.  
y nadie pudo arreglarla.  
No pudo tampoco la fugaz pasajera  
después del trabajo de toda una noche  
(y estaba cansada) quitar el olor  
a sudor y a sexo de su cuerpo y su pelo.  
La máscara azul del maquillaje  
era un tatuaje trunco tendido junto a ella  
en el lecho por fin vacío,  
por fin sólo para su cuerpo solo,  
en la habitación del hotel de Turín,  
mientras, a lo lejos, dejaba correr el tambor del agua  
que sin cesar goteaba.  
La canilla insiste en su misma canción  
desde siempre,  
como un hombre terco  
sobre el vientre de una mujer alquilada  
en una habitación de hotel en Turín y otras ciudades.  
Se sabe que, a veces, sobre los lechos sucios,  
un hombre, una mujer trafican  
un cansancio húmedo y un humo espeso.  
Lo sabe el príncipe abdicante y él también insiste.  
Intenta cerrar aquello que subraya  
el paso fatal de los minutos en la habitación del*

*hotel de Turín.*

*Observa el remolino en que se hunden  
los restos de su barba y recuerda una última fogata  
encendida en otra luna. En la luna del espejo busca  
los ojos de quien se dijo debía acompañarle  
y encuentra la mirada del que se dispone a abandonar  
la costumbre de un oficio.*

*Sube desde la calle el rumor de los pasos  
de otros transeúntes que van hacia el trabajo.  
Quizá entre ellos alcance a distinguir  
los de aquella pasajera que días atrás ocupó la  
misma habitación  
del hotel de Turín, donde ahora un hombre afeitado  
espera que el espejo le dicte la orden del último gesto.  
En la habitación del hotel de Turín  
un hombre ha ordenado unos papeles  
y acostado en el lecho,  
la respiración cada vez más espesa,  
escucha el gotear de una canilla  
que ya pronto dejará de atormentarlo.*

*Yo también lo escucho desde aquí.*

*Alejandro Ricagno*



## **DATOS DE LA AUTORA**

Leonor García Hernando (1955-2001)

Integró el Taller Literario Mario Jorge De Lelis, el Grupo Literario Las Cuarenta y en la revista Mascaró tuvo a su cargo las páginas de crítica y publicación de la sección literaria. Publicó los libros de poesía *Mudanzas* (1974), *Negras ropas de mujer* (1987), *La enagua cuelga de un clavo en la pared* (1994), *Tangos del orfanato/Tangos del asesinato* (1999) y *El cansancio de los materiales* (2001). Su obra está inscrita en los hallazgos más viscerales de la historia de nuestra poesía. La oralidad, los cambios de ritmo y la construcción de las imágenes avasallantes dejaron huella en las nuevas generaciones que buscan en su palabra el latido de la Argentina que fue.



*Nota de la impresión papel*

*Terminamos de imprimir  
El cansancio de los materiales  
en el mes de enero del 2001, en el porteño barrio de La Boca  
-donde siempre hay lugar para las artes-  
en las prensas del taller de Carlos Firpo  
de la calle Suárez 659, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.  
Se usó tipografía Verdana cuerpo 10, papel Ecocel Andes de 90 grs.,  
cartulina Conqueror Vergé de 250 grs.,  
y se ocuparon de la edición en la diagramación, originales  
y diseño Paska, fotomecánica Gonzalo Ortiz,  
maquinista impresor Alfredo Cornetta,  
encuadernación Norberto y Luis González, coordinó la edición  
Felipe Firpo y la dirigió Carlos Firpo.  
Todos lo hicimos poniendo un poco más que el oficio,  
porque nos da placer  
y porque Leonor se lo merece.  
Y la cinta con el lacre la puso ella.*

Epub Validado: <http://validator.idpf.org/>

EPUB Validator (beta)

Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in  
garcia\_hernando\_el\_cansancio\_de\_los\_materiales.epub

